

FM/962







FM/962

# MANIFESTACION AL PÚBLICO

**DERIVADA DE LAS PALABRAS PRONUNCIADAS**

POR EL

**EXCELENTISIMO SEÑOR DON SALUSTIANO OLOZAGA,**

EN EL CONGRESO DE SEÑORES DIPUTADOS,

referentes á

**SOR MARIA RAFAELA DEL PATROCINIO,**

POR EL

**Sr. D. Juan Antonio Quiroga.**

---

Madrid:

IMPRESA DE D. MANUEL ANOZ, CALLE DE SILVA, NÚMERO 6.

1861.



MANIFESTACION AL PUBLICO

DERIVADA DE LAS PALABRAS PROYECCIONES

Por el

EXCELENTISIMO SEÑOR DON SANTIAGO OLIVERA

EX EL CONGRESO DE SEÑORES DIPUTADOS

efectuando

SOR MARIA RAFAELA DEL PATROCINIO

Por el

Dr. D. Juan Antonio G. Riquelme

En

Madrid:

IMPRESA DE D. JOSEPH L. GONZALEZ, CALLE DE S. JUAN, NUMERO 10.

1861



Hay en España un hombre de triste celebridad, segun unos: de celebridad funesta, segun otros: gigante, al parecer de unos cuantos, de entendimiento claro, en opinion de los mas; pero en resumen grande agitador. Fácil en la palabra, intencional en su dición y torvo en la idea, no encanta porque carece de galas; pero arrastra por una precision hábilmente combinada. Este personaje, cuyo don especial consiste en llevar hasta el seno de las familias el dolor y la amargura; no como particular, porque no lo haria en este concepto, sino guarnecido con el escudo de inviolable por sus opiniones en el Congreso y además con el de su edad, segun ha dicho; este personaje, á quien el rumor público ha llamado *Capitan de muertos*, cuando levantó desde el sepulcro y trajo al debate la memoria de un antiguo compañero suyo para ultrajarla; este personaje es D. Salustiano Olózaga.

Una, otra y mas veces ha osado penetrar ligeramente, sin la



reflexion propia de sus años, ni la energía de un hombre noble, ya en sitios religiosos donde descansan en paz los difuntos, ya en los tranquilos cláustros donde la situacion de seres inermes, dedicados á la contemplacion, le permite herir á mansalva. Ni el tiempo con su sancion de muerte, ni las prescripciones humanas legales, ni consideraciones de respeto y de educacion, ni sentimiento alguno de aquellos que hermocean el corazon detienen su arrogante planta, ni su cuchilla inexorable. Vá derecho allí donde se puede colgar una víctima en hombros del mas refinado maquiavelismo, de la injusticia mas remarcable.

¡Qué desgracia para un hombre de tan altas dotes! ¡Qué calamidad la de inclinarse y propender siempre al daño, siempre al mal, jamás al bien! Esto acontece cuando usa de la palabra: esto sucede un dia, otro y todos. La historia de su vida política es la historia de la revolucion. Ya reduce al ostracismo las glorias mas justamente adquiridas y conquistadas con la sangre derramada en larga guerra, ya rebaja los hechos de armas mas brillantes de la Nacion española. ¿A dónde vá? Nadie lo sabe. ¿Qué quiere? Ser mas que todos. ¿Cuál es su propósito? Buscar alguna víctima para realizar sus desconocidos planes. Ha creido sin duda encontrarla en mi familia para cebarse en ella; y esto me obliga necesariamente á vindicarla.

Salvos todos los respetos que se deben al Congreso de los Diputados de la Nacion española: salvas tambien las inmunidades de ese Parlamento; y sin que sea visto que entre yo á tocar con mi pluma las faces que á la política se impriman en ese sitio: previa igual salvedad respecto al Gobierno y al poder ejecutivo en su elevada esfera; séame lícito decir, que en los últimos debates parlamentarios el Sr. Olózaga, con el fin de conseguir sin duda su ob-



jeto, y vulnerar desprestigiando, si tal puede conseguir, ha dicho entre otras no menos notables cosas, que una Monja ha aparentado tener la prediccion de la victoria de la bandera carlista en la última guerra civil, y que la ciencia descubrió la superchería, y que descubierto el artificio se la juzgó, y la justicia la condenó, riéndose la opinion de los que á tales medios apelaban.

Cuando en un Congreso se sueltan ligeramente y con intencion tan decidida afirmaciones redondas, destituidas completamente de razon, de justicia, de exactitud, de conveniencia y de verdad, una de dos: ó se desprecia la santidad de aquel sitio, y se trata de jugar con la sinceridad de los españoles, cual si no supieran leer, ni memoria tuvieran; ó se desconocen radical y profundamente las primeras nociones, los primeros rudimentos del derecho penal. Aunque yo no puedo suponer lo segundo, porque al menos el nombre de letrado envuelve idoneidad, sí debo creer lo primero; porque acostumbra el Sr. Olózaga á soltar dichos al aire con el santo fin de que los envenene y corrompa; pero sin aducir jamás pruebas de lo dicho.

No es mi objeto zaherir á nadie, ni maltratar reputaciones ajenas: es mi propósito de honor puramente; y como el Sr. Olózaga ha querido con mas ó menos insistencia y tenacidad sacar partido en una y otra y mas legislaturas, de esa especie de anatema embizado que lanza contra una víctima inocente, por la impunidad que le ofrece su silencio, para hacer el **BÚ** entre la credulidad pública, partido entre ciertas gentes y efecto en el salon, cúpleme desenvolver todos los pliegues de ese manto tenebroso, de esa caja de Pandora, de esa nube de misterios que encierran las fatidicas palabras del *Profeta* y *Príncipe de los creyentes*.

El Sr. Olózaga ha asegurado que una Monja aparentaba tener



una predicción; y al decir esto, se referia, como demuestra la sentencia mandada leer en el Congreso, á Sor María Rafaela del Patrocinio; se referia por tanto á un procedimiento levantado contra ella y á los resultados de ese enjuiciamiento peregrino, singular y notable por tantos y tantos conceptos. Preciso es por ello, que sepa toda persona sensata y la Nacion entera, cómo se incoó, cómo se instruyó, cómo se sustanció y determinó ese expediente sin igual en los anales del foro español; á fin de que la verdad quede por ahora en su asiento, se persuada todo el mundo de lo que es cierto, de lo que es exagerado y de lo que es arma política, y sepa dar á las palabras del famoso diputado la importancia que merecen ante los hombres pensadores, honrados é imparciales. Y así lo haré por ahora en concreto, reservándome el amplio derecho que la Constitucion de la Monarquía me concede para formar sobre este asunto un objeto mas lato, de mayor esclarecimiento y de otras proporciones y resultados. El tiempo, juez inexorable de todos los hombres, de todos los hechos y hasta de las intenciones; y la historia, narracion fiel de los sucesos de importancia en cada país, vendrán de este modo á descubrir quién sea cada uno; cuál ha sido el móvil de sus acciones y cómo haya contribuido más al bien y á la felicidad de sus semejantes.

Aunque sea con perjuicio de la unidad que este pequeño trabajo llevar debe, diré previamente: que si fué disculpable un error entre muchas personas en medio de aquel movimiento tumultuario de las pasiones levantadas con acritud al principio de la guerra civil; no lo es, no puede serlo en un legislador, que despues del trascurso de veinte y cinco años se muestra tan conocedor de los sucesos, y recoge con tanta cautela y tiene á mano con precaucion tanta los documentos de cosas que pasaron con su época. Y error es



y no pequeño el hacerse olvidadizo del origen de una persona de los antecedentes de sus padres, de las persecuciones de su familia y de todo aquello que desde nuestra infancia forma un gérmen de inclinación hácia una ú otra cosa. ¿A quién atribuye el Sr. Olózaga, no la presunción, sino la realización de predicciones en sentido anticonstitucional? A quien por las desgracias y ruina de su familia, aunque lejana y extraña á esa clase de convulsiones políticas, por la idea del bien estar de su casa había de tener, aunque *aisladamente*, mayor interés en el triunfo de lo contrario al supuesto del Sr. Olózaga. Cuando un padre se arruina, padece y muere por seguir una bandera política, las lágrimas de sus hijos no pueden derramarse, no, por el deseo del triunfo enemigo.

¿Por qué? Por el ruidoso proceso de la Monja, por un crimen horrendo, por cosas que sobrecogen, asustan y espantan. ¿Pero cómo? ¿En el sentido que las explica D. Salustiano? ¡Cá! entonces nada tendrían de chocante y de extraño ya que no pugna con la razón y con la naturaleza el tener un padecimiento; sino que es muy propio de ella. No es eso: el hecho inaudito es hacer víctima de una superchería, de una farsa, de un sainete de conveniencias á una joven religiosa que ni por su edad, ni por sus padecimientos podía servir á nadie de instrumento para planes políticos. El hecho fué entregarla cruelmente al furor de las masas, alucinadas, embaucadas con el aparato de justicia, guardias y policía. ¿Y cómo? Forjando cuentos de duendes y diablos y análogas patrañas, que por lo ridículas y absurdas jamás han sido atendidas ni escuchadas seriamente por nadie. ¿Para qué? para que la multitud, propensa de suyo á lo maravilloso, las acogiera con avidez, se amontonase cerca del clustro, violase su inmunidad, extrajese á la infeliz jó-



ven y.... ¡Qué horror! la pluma se resiste á estampar lo que la mente abarca.

Voy á demostrarlo.

En 6 de Noviembre de 1835 se expidió por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia una Real orden, dirigida al Sr. D. Modesto Cortázar, dignísimo Juez de primera instancia en esta Corte, para que, tomando medidas y disposiciones prudentes, procediese á formar sumaria, atendiendo al doble carácter con que se consideraba la ocurrencia *extraordinaria* de una impostura artificiosa y fanática. Como fundamento del caso y base del procedimiento se remitió adjunta una informacion hecha por la policía. Consistia la famosa informacion en una *especie* de certificacion del Subdelegado especial de policía en esta capital y referente á que, por detalles del Comisario D. Benito Fernandez, se habia constituido personalmente en casa de D. José Robleda con el fin de asegurarse acerca de la persona, santidad, milagros y profecías *supuestas* de Sor María Rafaela del Patrocinio, de las que pudieron haber influido en la conducta *poco laudable* que con tal motivo observaba toda su comunidad, abusando de la inocencia de dicha Señora: é igualmente indagar hasta qué punto estos fundamentos pudiesen tener conexión y enlace con la tranquilidad del Estado.

Aseguraba el mismo Subdelegado que hizo comparecer ante sí á D. José Robleda, á D. Márcos Rodriguez y á Doña María Dolores Cacopardo, quienes dijeron: que por noticias fidedignas y celosas indagaciones particulares sabia esta; que el Padre Joaquin se habia propuesto el plan de santificar á su hija con el fin de negociar milagros y profecías; que despues fué encomendada en su direccion espiritual á un fraile francisco, quien halló pronto el secreto de complacer á



la comunidad; y que entre los milagros, el de más vulto que la Priora y demas cómplices habían divulgado, fué uno el de la fuga con el diablo para denigrar á las personas que ocupaban el poder. Que despues fué entregada al Vicario de su convento, quien á costa de la víctima hacía progresos políticos y de monopolio en favor de la comunidad y del Pretendiente al trono de España. Que se la habían abierto cinco fuentes, ó se la había hecho creer que las tenía abiertas, diciendo Doña María Dolores que se las había visto: y que aseguraba el médico debían ser sobrenaturales, pues no había podido curarlas, probando inútilmente para su curacion todos los recursos del arte; y que en resúmen la infeliz jóven estaba siendo instrumento de la codicia de un mal eclesiástico y de una comunidad que trastornada por el mismo, aprovechaba todos los recursos de intriga y de seducción para hacer al Gobierno de la Reina una guerra vil y criminal. Que había intentado sustraerla de tan violenta opresion y tormento; pero que se había detenido por el temor de que atentaran contra la vida de su hija.

Se hallaba firmada esta certification, que segun se deja ver, comprende la manifestacion de una sola persona entre las tres comparecientes, ya que las otras dos son de referencia á la insinuada Doña María Dolores, por el Subdelegado, por el Comisario del distrito, por Doña María Dolores y sus dos adjuntos ó testigos de referencia, D. José Robleda y D. Márcos Rodríguez. Con estos antecedentes, con tan sólidos fundamentos se preparó el material para ese ruidoso proceso, para ese edificio de granito, que, oculto en la oscuridad, ha suministrado tantas veces al célebre parlamentario abundante materia para hacer efecto.

Pero en realidad, ¿qué viene siendo la certification? El dicho simple de una sola persona, la manifestacion de una madre viuda que



perdió á su marido por persecuciones políticas y á un hijo en los campos de batalla defendiendo como su padre el Trono de Doña Isabel II. La manifestacion de una madre, que suponiendo á su hija víctima de la opresion y de crueles padecimientos, fluctúa entre el deseo de librarla de ellos, ó de sufrir con resignacion la suerte que á la misma le estuviese deparada; pero siempre con el ánsia de verla fuera del convento. No se vé mas; porque el resto de los concurrentes se componia del Subdelegado, del Comisario, de Robleda, agente secreto de la policia, segun el resultado de autos, y de Don Márcos Rodriguez, cuyas indicaciones dan á entender que tenia la misma ocupacion. Es de advertir que este conjunto de declaracion, parte y certificacion, todo en una pieza, fué elaborado no ante tribunal con la independencian del derecho de todo español, no ante las justicias del Reino con fuero propio y extraño, sino *en la casa de Robleda, celoso indagador de la policia.*

Quisiera preguntar en este momento al Sr. Olózaga, si por indagaciones mas ó menos verosímiles y formales, si por el simple dicho de un encargado secreto del ramo de vigilancia, si por una delacion absolutamente privada y que recae sobre uno ó mas hechos ridiculos, se viese privado de sus derechos, y sometido á un proceso criminal con público escándalo, siendo inocente y víctima de maquinaciones mas ó menos lucrativas, ¿qué diria? Si al Señor Olózaga se le hubiese atribuido falta de patriotismo en Madrid, por ejemplo, ó en Carmona, y por un simple dicho se le hubiese sometido á un Consejo de Guerra, ¿qué diria? Si en Bayona, verbi gracia, al presentarse entre sus amigos y correligionarios políticos se le hubiesen atribuido fines siniestros, y en vez de acogerle con entusiasmo se le hubiera recibido con el puñal, porque la simple referencia de un compañero hubiera querido designarle como trai-



dor, ¿qué diría? Diría que eso era no tener leyes en un país, ni tribunal, ni protección legal, ni derechos, ni seguridad, ni domicilio. Diría que retrocedíamos á los tiempos de la mayor barbarie, en los que una palabra mal intencionada bastaba para levantar el hacha del verdugo. Diría que los procedimientos del Santo Oficio quedaban abonados junto á esta forma de enjuiciar. Mas, mucho mas diría el Sr. Olózaga; y sin embargo, ese insigne legislador, ese jurisconsulto de edad, que ha manejado tanto las diligencias á que me refiero y de las cuales deja pendiente la sentencia solo sobre el honor de mi familia, no ha reparado ni hecho alto en la raíz, en la base, en el fundamento del sumario que motiva esa providencia. ¿Y puede atribuirsele á ignorancia? ¿Podrá creerse que sea malicia? Al criterio general se remite la contestación.

Las leyes de España, que sobre este punto no ceden á ningunas de otra nación, en filosofía, humanidad y protección, tienen establecidas las reglas fijas á que atenerse de oficio; se refieren á hechos, no á dichos vulgares: ordenan en primer término la querrela por esos hechos, y la excitación fiscal si son de una esfera mas lata. Esto lo sabe todo el que se precia de aficionado á la libertad nacional en cuanto á procedimientos criminales y prisiones: todo el que se haya versado en estudios tan serios y graves como estos; todo el que no quiere mal á la humanidad; todo el que sea liberal en armonía con el Evangelio; es decir, verdadero liberal que desea el bien sin agitar, sin trastornar, sin demoler. Y en este punto, con permiso de D. Salustiano, puedo decir lo que no podrá decir él; puedo decir que he perdido un hermano en los campos de batalla defendiendo el Trono, la libertad y la independencia de España; puedo decir que tambien yo he defendido con las armas y con mi sangre tan caros objetos; que he sido hecho prisionero de guerra y



que me he salvado volviendo á mi campo entre el fuego nutrido del combate. Ni podia ser otra cosa, porque eramos hijos de aquella madre que perdió á su marido y arruinó su casa por esa misma tendencia, por esos mismos principios; de aquella madre, cuya imaginacion sobree excitada con la idea de los tormentos que sufría su hija, fué la única persona que, acogiendo sin duda inocentemente patrañas é invenciones de ocio, hizo su manifestacion en casa del agente secreto de policia, intentando extraer á su hija del convento y salvarla de aquellos peligros que amontonaba su cabeza trastornada hasta el extravío: de aquella madre que, atendiendo á los impulsos de su corazon y creyendo acertar, sin otra mira mas que la de la vida de su hija, ha suministrado al Sr. Olózaga tan grata materia para injuriar, maltratando de una manera indigna, reservada únicamente á él; de un modo impropio de la hidalguia española, á una mujer, á una señora, á una religiosa separada del bullicio del mundo, á una jóven de 24 años é inocente. Inocente, sí; porque hasta en la Real orden de 6 de Noviembre cabeza del procedimiento, al mandar que Sor Maria Rafaela del Patrocinio fuese tratada con toda la consideracion debida, se la llamaba víctima de manejos bastardos. Y no en la orden citada solamente, sino en la famosa informacion que venia siendo la base y el fundamento total de la sumaria, el Subdelegado especial de policia, hombre sin duda de recto sentir, y fiel á sus deberes, no pudo menos de decir al remitir el parte al Gobierno, que abusando de la inocencia de la indicada señora, la comunidad toda observaba una conducta poco laudable. Es decir que era inocente aun para **LAS RÍGIDAS PESQUISAS DE LA POLICÍA**. Era inocente y merecia proteccion segun la inteligencia del Secretario de Estado, entonces Ministro de Gracia y Justicia; era inocente para todos; y



sin embargo, en vez de dirigir el procedimiento contra aquellas personas que, segun el informe del precitado Subdelegado especial de policia, pudieran haber influido en la conducta que seguia la comunidad, fueron pasados estos antecedentes, con el doble concepto de averiguar si era cierto lo que se decia respecto á las llagas y hasta qué punto pudieran tener los hechos relacion con la tranquilidad del Estado, al Sr. D. Modesto Cortázar, Juez, como se ha dicho, de primera instancia en esta Côte.

## SEGUNDA PARTE.

### CAUSA.

Como las diligencias extrajudiciales carecian de mérito probatorio, el Sr. Cortázar, con una probidad é imparcialidad que honran á sus funciones, dispuso por auto del 7 del mismo mes, que se ratificáran en sus deposiciones los sugetos que habian firmado aquel papel. Era natural que Doña Maria Dolores se ratificára sin variacion alguna y lo hizo en esta forma; pero D. José Robleda, el agente secreto en cuya casa se habia hecho la manifestacion que comprendia el certificado, se vió en la necesidad de decir ante el Juez y dijo: que lo relacionado lo sabia por personas de quienes tuvo necesidad de valerse para hacer indagaciones; pero que no podia manifestar los nombres, porque pertenecian al número de *agentes reservados de policia*.

He dicho antes y queda probado con esta diligencia, que la certificacion tan célebre como ruidosa, no era mas que la simple declaracion de una señora llamada á la casa de un agente de poli-



cía y evidentemente sugerida por temores infundados. Voy ahora á demostrar, cuánto de verdad y exactitud tenia esa declaracion con lo que en autos manifestára Sor María Rafaela del Patrocinio.

Para cualquiera de las personas que como simples expectadores presenciára el terrible cuadro que ofrecia la calle del Caballero de Gracia en aquel tremendo dia; para el que pueda formarse idea serena del estado afflictivo en que deberia hallarse una jóven de veinte y cuatro años, que aunque inocente, tiembla sobre su vida; para el que viese cubierta la calle de armas, cercado el convento, vigilado por dentro y cerrada cada una de las puertas de las celdas por un centinela de interposicion; para el que pueda formarse juicio acerca del espíritu abatido en que se hallaria la comunidad y si el terror y el temblor se habian apoderado del ánimo de Sor María Rafaela; para el que pueda conocer y saber si trastornada su mente y embargado su espíritu, habria caido en aquel miedo de varon constante que exigen las leyes para decir y declarar cuanto quisiera la opresion, el terror y el miedo á una muerte próxima, cierta, segura; para el que sepa cómo se hallaba el pueblo de Madrid en aquellos aciagos dias; para el que volviendo un poco atrás la vista, viese todavía humeantes y enrojecidas las paredes de los conventos con la sangre del anciano y jóven religioso, sacrificado en aras de una supercheria tan inverosímil como absurda, inadmisibile, vulgar é inhumana; para el que sepa que poco antes habian perecido tantos frailes bajo el frívolo pretexto de envenenar lo que no se puede, y que las tendencias corrian en igual sentido hácia seres inocentes; se dirá á sí mismo, si podría decir y declarar y hacer, bajo tan temida opresion y bajo un miedo tan fundado, no una mujer sino un hombre, cuanto deseáran las miras y determináran los papeles, que habian de estar en consonancia con el su-



puesto. Si la desgraciada víctima diría en efecto al tenor de lo que se la leyese, temiendo perder con un *No* su preciosa vida: si podría entender y comprender en su perturbacion lamentable, á dónde se encaminaba aquel ruido conmovedor, aquella agitación y alarma difundida súbitamente por la Corte. Diría lo que quisieran, *Si*; sin ser responsable de su dicho ni ante Dios, ni ante la ley, ni ante los hombres justos é imparciales: diría cualquiera cosa, como dice la enagenacion mental, ó el miedo que cae en varon constante; pero ciñéndose y limitándose á los dos puntos comprendidos en la Real orden, pudo decir que tenia cinco llagas; pero que no habia creído ver, ni manifestado haber visto éxitos de batallas, ni acontecimientos, por los que pudiese resultar quién pudiese ser el poseedor del Trono español; y que nadie con verdad podría afirmar haber dicho ella tales cosas.

A pesar de este sentido concreto en los dos puntos cardinales de la Real orden y por consecuencia en el objeto de autos, disto mucho de creer que la razon de la declarante se hallara en estado normal; porque nadie puede creer que el terror llevado hasta el último extremo y el temor á la muerte puedan conservar á la razon serena: y si pudiera yo dudar de ello, fuera de las reglas establecidas por la Providencia divina respecto á la organizacion humana, tendria una prueba de lo inconexo, de lo incongruente y contradictorio de esa misma declaracion, en su primera y segunda parte.

No es mi propósito inculpar á nadie; sé bien lo que en tales casos acontecer suele; conozco á fondo cuánto tiene que dar el funcionario público á la ansiedad general; pero en medio de todo no puedo menos de admirarme de que se dejase en pie y sin conciliar extremos una declaracion que se implica en los términos; una manifestacion, que á renglon seguido de expresar una idea en sentido



negativo, se consigna en el afirmativo: y solo puedo entenderlo ateniéndome á la pericia judicial y á un gran conocimiento en fueros y jurisdicciones, cual diré mas adelante.

En efecto, despues de consignado que nadie habia inspirado á la declarante ideas de predileccion en los altos juicios del Señor, ni de que estuviere dotada del don de santidad, y de afirmar que nunca habia sido extrahida del claustro por el Espíritu divino, se determina haber salido fuera una sola vez por permission del mismo. Esta es la prueba del estado de perturbacion que reside en el espíritu humano siempre en casos semejantes: esta es la contradiccion en lo incidental, ya que los hechos comprendidos en la Real orden están determinados en su forma debida: y aquí descansa igualmente la razon que hay para creer que la ilustracion judicial dejase así estampada la manifestacion. En verdad, absueltos de la manera necesaria y suficiente para la indagacion los hechos comprendidos en la causa de proceder, cumplido todo aquello que relacion tuviere con el delito de Estado, visto que ninguna conexion tenian estos supuestos con la tranquilidad pública, y con las maquinaciones en favor de una causa política, el Juez debió comprender y comprendió, que la cuestion de ensueños, éxtasis y milagros no correspondia ni corresponde á su jurisdiccion; y que en este sentido era indiferente dejar ó nó esa contradiccion en autos.

Quisiera yo saber al mismo tiempo á qué impresion se hallaba sometido en aquel dia tan digno funcionario, y si podia ó no estudiar detenidamente con reflexion y madurez lo que sobre este punto se hallaba sometido á su autoridad judicial. Quisiera preguntarlo á su conciencia íntima, quisiera recurrir á su corazón y sentimientos, y la respuesta no sería dudosa.

Bajo el mismo prisma de terror y perturbacion, pero con la fé



de creencias sencillas é inocentes declararon, Sor María del Pilar, Priora del convento, y Sor María del Cármen de San José Vicaria, y Sor María Hipólita de San Felipe Neri, Tórnera mayor, como asimismo las religiosas Sor María Vicenta de la Purísima Concepcion, Sor María Mónica de Jesus, Sor María del Cármen y Sor Michaela de los Dolores, y por último Sor María Josefa Urbana de posterior entrada en el convento. Juntas y cada una de por sí vinieron á declarar en conjunto lo referente á la certificacion con respecto á la existencia de las úlceras; sin que ninguna se refiriese directa ni indirectamente á conspiraciones en sentido político, ni á embaucamientos, sino conviniendo en la humildad, en las mortificaciones sin hipocresía, y en la virtud de Sor María Rafaela.

Poco importaba que la inexperiencia y candidez ó la creencia derecha de las mismas se refiriese á su salida una vez, y á todo aquello que su fantasía, su preocupacion ó su género de vida timorata pudiese dar lugar; porque esto no incumbe á lo precisado en la sumaria; ni tampoco nadie, puesta la mano en el pecho, puede entrar á querer descubrir esos secretos que misteriosamente ha impreso el dedo de Dios en el corazon de los mortales. Pero es lo cierto como resultado determinante de estas declaraciones, que allí, en aquel sagrado recinto no se conspiraba; fuese cual fuese la creencia que las religiosas tuviesen acerca de su compañera; creencias que el materialismo puro oirá siempre con desden frio, y que el espiritualismo acogerá con mas ó menos discreccion; pero siempre con la humildad y respeto hácia los incomprensibles juicios del Criador. Y de cualquier modo que fuese, como no es mi propósito el analizar científicamente la índole y clase de los padecimientos, porque no es del caso, sino únicamente determinar hasta qué punto podian tener relacion con la tranquilidad del Estado, siendo ciertos; y si por parte de la persona sometida al enjuiciamiento servian de pábulo á la



credulidad por medio de patrañas y embaucamientos; queda demostrado que, con las actuaciones en la mano, debe afirmarse con fiadamente que ni el más remoto indicio de tales supuestos se desprende del sumario. No, ciertamente; no se conspiraba, no se alimentaba la preocupacion de nadie; no se repartian paños benditos, ni vendas, ni cabezales, proporcionando cantidad ninguna á la comunidad; siquiera la codicia privada, fuera de aquel sitio, pudiese hacer maliciosas especulaciones ó cometer estafas, como ha sucedido y sucederá siempre en el mundo.

En corroboracion de lo expuesto se hallan todas, absolutamente todas las declaraciones del sumario; pero con la diferencia de que, como unas fueron recibidas durante el terror, dentro del convento, mientras continuaba el tumulto; y otras después de pasada la primera impresion y á personas que no habitaban en aquel recinto, brilla en éstas mucho mas el aplomo y la verdad. Entre las declaraciones que merecen mayor detenimiento por la ilustracion de las personas que las rindieran, se encuentra la del Vicario Fray Andrés Rivas, el cual dijo: que Sor María Rafaela estaba dotada de una alma virtuosa; que tenia el padecimiento por cuya existencia se le preguntaba; pero sin saber su causa; que no sabia que por medio de la señora se hubiesen dado limosnas á la comunidad, pudiendo decir que para hacer el novenario á la Virgen del Olvido se habian hecho algunas; pero tan escasas, que no hubo bastante para hacer la funcion; que nunca habia oido, y aun se atrevia á asegurar, que Sor María Rafaela hubiese hecho *predicciones politicas*. María Gonzalez y D. Joaquin Martin Serrano, testigos de autos, nada expusieron con referencia á milagros y predicciones, limosnas ni socaliñas. En este mismo sentido, aunque con mas fijeza, declararon Doña Dolores y Doña Angela Fernandez de Córdoba, la Marquesa de Villadarias y el Vicario general Fray Andrés de los Barrios. De



manera que ni unos ni otras oyeron jamás hablar de milagros ni de profecias, de donativos, ni de regalos, de predicciones políticas, ni de cosa que pudiese producir alarmas. Siendo esto así, con abstraccion de todo, me ocurre preguntar: ¿Pueden arrancarse á viva fuerza las creencias que allá dentro de su casa tenga cada uno, ó un cuerpo colectivo dentro de su domicilio, prudentes ó indiscretas, torcidas ó derechas, mientras no perjudiquen á nadie? ¿Pueden ser objeto de sancion penal en un pais culto, ó allí donde la razon humana no se avergüence por la violacion de sus fueros? Y aun concediendo hipotéticamente, ya que hablo por mi cuenta, *sin autorizacion ni con conocimiento de nadie*, la mayor latitud á los deseos del mayor enemigo, extralimitándome de mi objeto, diré: ¿pueden ser justiciables los fenómenos de la vision, tan frecuentes en muchas personas, ó los resultados de una imaginacion ardiente mas ó menos poseida de un objeto que lude, que hiere, que arrastra, por mas que incline á toda una familia? Nadie se atreverá á asegurarlo. Sería equivalente á decir, que por el mero hecho de tener cualquiera la desgracia de ser sonámbulo, por tener y llevar sobre sí ese mal, esa desgracia, debería ser reducido á prision, sometido á un proceso y condenado á sufrir una pena.

Este es, en bosquejo, el resultado de los autos, de aquella célebre causa que llamó la atencion de España. No puede negarse que hubo sentencia, la que con tanto afan ha manoseado el señor Olózaga, para imprimir á su anterior política un rumbo nuevo, que habrá dejado atónitas á las gentes sensatas, sobrecogido á todo el que tenga que perder, y no muy armonizado y conforme al partido, en cuyo seno y á cuya sombra se nutrió, creció y medró D. Salustiano hasta elevarse á la condecoracion de Reyes y Príncipes. No se negará que hubo sentencia imponiendo una ligera correc-



cion, que consistia en la salida de la Côte y á tal ó cual distancia; mas no puede negarse que no existen proporciones de sana crítica y de buena razon entre un proceso que causára tanto eco, que fuera objeto de tumultos, de gritería y movimiento de armas, que atrajera tantos disgustos, perjuicios, alarma, y un fallo exento de pena, ya que no se conocian entonces las correccionales, sino las corporales para el efecto de prision. Pero, salvando la cosa juzgada, porque es la cosa santa con relacion á la fé humana; salvando tambien lo que, de buen ó mal grado, hay que dar á cada época y circunstancia en su lugar y tiempo; y salva por fin la protesta de no intentar ofender á nadie, sino vindicar hasta donde pueda lo que me toca por derecho de sangre; abiertos los autos y examinados imparcialmente, ¿qué conexion se advierte entre el antecente y consiguiente, entre la premisa y la consecuencia? Verse puede con este parangon: el Subdelegado de policia, en su parte, cabeza, fundamento, raíz, y única base de la causa criminal, dijo: que trataba de comprobar los sérios detalles que el Comisario de la primera demarcacion le comunicára sobre el carácter de la persona, santidad, milagros y profecías de Sor María Rafaela del Patrocinio; personas que pudieron haber influido en la conducta poco laudable que con tal motivo observaba toda la comunidad, abusando así de la *inocencia* de la expresada Sor Patrocinio; y sobre la credulidad lamentable de algunos fanáticos, cuyo espíritu y sentimientos no escrupulizaban pervertir y trastornar en afrenta de la Religion, oprobio de la humanidad y abierto menosprecio de las leyes; procurando indagar hasta qué punto pudiesen tener relacion con la tranquilidad del Estado y con la seguridad del Trono. Tres miembros comprende el parte; uno relativo extricta y únicamente á Sor María Rafaela, su carácter milagroso y profecías: otro, á las personas que



pudieran haber inducido á la comunidad entera á seguir una conducta poco laudable, poco laudable, dice, no dice punible ni criminal; y el tercero, referente á los fanáticos que no escrupulizaban trastornar los sentimientos y el espíritu de la inocente Monja. Con la posición de esta señora en los autos ninguna afinidad tenían los otros dos miembros: la conducta de los fanáticos é igualmente la de la comunidad nada de comun tenían respecto al proceso con los milagros y profecías en concreto, aunque pudiesen tenerlo en sus conexiones justiciables. Ahora bien: si ese es el contenido del parte, confeccionado, cual se ha dicho, en casa de un dependiente del Subdelegado, dependiente á quien llamaron en autos, *espía de la policía*, y sin mas comprobacion que el simple dicho de Doña María Dolores Cacopardo, loca con la idea de que los fanáticos mataban á su hija, y se refiere solamente á santidad, carácter, profecías y milagros; si es ese el antecedente y no aparece en autos una sola declaracion en la que se diga que la citada religiosa hiciese profecías, ni milagros, ni se diese ribetes de santidad, ni que hablase de política, ni de pretensiones al Trono de España, ni de triunfos, ni de batallas, ni de cosa que próxima ó remotamente tuviese relacion con la tranquilidad pública y con la seguridad del Estado; la lógica, la razon, el sentir íntimo, la conciencia y hasta el instinto dirán unánimes, *es inocente*; y al inocente no se le puede castigar á no inmolarlo en aras de un furor tan fanático como el fanatismo en efigie. Tan cierto, tan evidente es lo expuesto, que ni el Ministerio Fiscal ni la interesada propusieron, ni articularon prueba. ¿Ni cómo? Dice la policía, yo digo que eres criminal; no, no es verdad, pues he visto que *eres inocente*; pero digo que dicen que haces profecías y voy á instruir. ¿Con quién? le pregunta; y responde con nadie mas que con el dicho de una mujer que,



como ascendiente, no puede ser acusadora. Así es que no aparecen en sumario mas testigos que las monjas, el Vicario, capellanes, confesores y demandera con unas cuantas señoras piadosas que entonces concurrían, ahora y siempre asistirán á las clausuras de mujeres. Es cierto, que se ha instruido y que no se ha probado el supuesto: pues entonces, por lo que toca á este primer miembro ya hemos concluido. Se acusó á una señora de que hacia vaticinios en *sentido carlista*; no solo no se prueba, sino que se ha probado que no los hace ni ha hecho.

Ya que se habla de superchería y embaucamientos, puesto que dado no me es llegar á la impugnacion del resultado de autos, sino someter los hechos á la conciencia pública, preguntaré: ¿dónde está el embaucamiento? ¿en los que amontonaron estas suposiciones para sugerir al público, concitar los ánimos y promover un trastorno, ó en la persona contra quien se dirigieron tales patrañas? No me refiero á los autos, me limito á la razon en general. ¿Podrá dudar esto ningun jurisconsulto de la Nacion española, ni de parte ninguna? ¿El simple criterio? Sin embargo; el Sr. Olózaga, llamado á contribuir como diputado á la confeccion de las leyes, ilustrando el debate y á impugnar ó nó justamente los actos de cualquier Gobierno, rasgando con ligereza el velo con que la sancion del tiempo cubre los hechos humanos, y cerrando los ojos á la santa doctrina de prescripcion, que aun en materias penales ordenan las leyes de cada pais, se ha atrevido á coger con la mano documentos que pudieron llamar la atencion hace mas de una cuarta parte de un siglo; y sin consideracion á familias, á estado y condicion de personas, al dolor y amargura que en su tiempo causáran, por la vejacion y sufrimientos que tras de sí arrastraron, los ha llevado nada menos que á un Congreso, al santuario de las leyes, al lugar mas respetado



ble y serio de la Nacion, donde no caben representaciones escénicas.

¿Y para qué? Un orador célebre, jurisconsulto distinguido, y filósofo eminente, que con tanta fama como dignidad ocupa puesto en el Congreso, con toda la sinceridad de su bien conocido carácter y con la profundidad de sus elevadas miras, en un discurso brillante como todos los que salen de sus lábios, elevado, nutrido y lleno, ha dicho: que no sabe á qué conducen esos giros del señor Olózaga. Yo lo diré. A faltar á la exactitud de los hechos; á tergiversar el sentido de las cosas, y á perjudicar, si le es posible, por una cuestion de mas ó menos habilidad y estrategia parlamentaria. No puede ser de otro modo. Como, segun he demostrado antes, no se probó en autos el supuesto de prediccion y milagros; la sentencia, en buena razon y lógica, tampoco podia recaer sobre lo supuesto no probado. Asi fué que en el auto de 25 de Noviembre de 1836, el señor Juez se refirió y concretó á padecimientos y á su mayor ó menor voluntad, con que la encausada se prestára á ello; por cuya razon y sin perjuicio de las circunstancias que pudieran eximir de responsabilidad, ó atenuarla evidentemente, se limitó á imponer la simple pena de traslacion de lugar á lugar.

Esta es la verdad desnuda de combinaciones y artificios, y separada del exámen que ofrece el distintivo acerca de, si las excepciones hechas por la persona sometida al enjuiciamiento, formaban excusa total ó parcial, y si debieran servir indeclinablemente de fundamento de fallo. A través de todo, el Sr. Olózaga no ha titubeado en asentar, bajo la incolumidad de su puesto, que le salva de tener que acudir ante la justicia; que los *antiguos* milagros estaban justamente sentenciados por los tribunales; como si entónce, ni ahora, ántes, despues ni nunca hubieran existido; se hubieran supuesto con relacion á la víctima, de cuya posicion me ocupo; ni hubiesen sido, en sentido directo, materia del fallo.



Desde entónces hasta el día nadie ha vuelto á ocuparse de tal cosa , ni á referirse á milagros , ni á suponerlos actualmente. Lo que sí ha hecho el público, ha sido compadecer la situación de una Religiosa , que sin otro motivo mas que aquella combinacion tenebrosa , cuyo origen ha sido siempre desconocido , ha permanecido en distintos puntos y siempre sin quietud, alterando su tranquilidad y comprometiendo frecuentemente su vida. ¿Cómo, pues, el señor Olózaga , con los documentos en la mano , ha podido lanzar tan terrible anatema á su capricho y antojo , con tan abierto menosprecio de la exactitud? Tambien es desconocida la intencion que semejante propósito encierra ; no hay, pues , por qué defender lo que no existe.

Dé otro modo no se hubiera olvidado de que la providencia para extraer del convento á la interesada hubo de ser suspendida por temor de una *calástrofe*; como así bien, que al día siguiente de haber afirmado los facultativos, hallándose ya la Religiosa en una casa particular, **QUE POR EL EXAMEN DE SU HABITO EXTERNO Y POR EL DE TODAS SUS FUNCIONES, SE LA PODIA CONSIDERAR EN EL GOCE PLENO DE UNA BUENA SALUD HABITUAL**, se encontró en cama: viéndose precisada la depositaria á pedir con urgencia que se presentase el señor Juez , porque á consecuencia de haber entrado á las diez menos cuarto de la noche anterior algunos hombres, y registrádo la casa , y hecho cosas , que si no fueron consignadas en la causa , si corrieron por los círculos y de boca en boca , se habia alterado muy bastante. No podia olvidarse de que el profesor Don Diego Argumosa reconoció á la paciente y certificó haberla encontrado sufriendo una fuerte irritacion de estómago, *con expulsion de sangre por la boca y fiebre intensa*.

Si el día anterior gozaba de completa y perfecta salud , ¿cómo



al siguiente se hallaba con una fiebre intensa, con una irritación fuerte, y con expulsión de sangre por la boca? ¿Qué pasó allí? ¿Qué hubo allí? ¿Qué se hizo en aquella casa donde se hallaba custodiada solamente por dos mujeres? Los autos no lo dicen, no refieren mas que esa alteración tan notable que salta á la vista. Podrían decirlo los que allanaron la casa, cometiendo un delito penado por las leyes, y sobre el cual no se hizo mérito, ni se formó pieza separada. Pudo decirlo y lo dijo el público, llenándose de indignación. Podía decirlo, aunque no lo ha dicho, la persona atropellada, ostentando todavía hoy los estragos de aquel daño, si no lo dijeran sus padecimientos continuados, graves y sucesivos, que de allí se derivaron; y lo hubiera dicho á no haberse opuesto su recato, su humildad y su resignación evangélica, *reconocida entonces hasta por la misma policía.*

¿Qué situación, lectores, para la independencia en decir y declarar! qué derecho de ciudadanía, qué alvedrio tan libre para el asentimiento que pudiesen merecer las aseveraciones de aquella infeliz é inocente víctima! ¿Qué diría? Lo que quisieran. ¿Qué haría? Lo que quisieran. Así lo ha debido comprender el digno diputado que al hacerse cargo del discurso del Sr. Olózaga, con relación á este punto, dijo que solo estaba dispuesto á oír de boca de S. S. ciertas insinuaciones de proporciones exiguas. ¿Y por qué? porque en todas las actuaciones de carácter político se ve hoy lo que pasó ayer; y lo que un día sirve de ariete para ofender á los enemigos, sirve otro para que sean dañados los ofensores. Y vuelvo á repetir: ¿por qué? Porque la historia mas imparcial y justa se encarga de recoger minuciosamente los hechos de toda época, examinarlos imparcialmente á la luz de una crítica sana y severa, y trasladarlos con verdad á las generaciones futuras. A esta debió aludir sin duda el digno diputado, dando á entender que con los aconte-



cimientos que deben ser sometidos al juicio público de cada siglo, debe ser el hombre mas tolerante, mas transigente, mas liberal, que lo que exigen los tiros envenenados de una pasion sin causa.

Así es, que cuando el Sr. Olózaga, apelando á los sentimientos de español, quizá sin reparar en que habia de envolverse en una contradiccion con sus mismos asertos, dijo, y con verdad; *que si algun español estuviese tan falto de fè y de sentido comun para no respetar las creencias de los españoles y cometer actos públicos de los prohibidos por el Código penal en materias religiosas, cayese sobre él la censura toda del pais y la fuerza de la ley*, no hizo mas que expresar lo mismo que vengo sosteniendo. Cuando dijo que, *quien tiene derecho para penetrar en la casa de ningan ciudadano á averiguar cómo piensa, á ver si encuentra algo que esté en contra de la ortodóxia de las creencias de los españoles*, no hizo mas que lo que he dicho: esto es, anatematizar la violencia y la opresion, el desafuero y el atentado contra la seguridad individual, allí donde le haya. Cuando interpeló interrogando: *qué seguridad podia haber cuando se allana el domicilio de los ciudadanos, se va á buscar si piensa ó no de esta manera ó la otra, de que no se eche mano de ese medio con torcidos fines*; ha venido á hacer la apología de lo que habrá podido suceder con mi victima inocente, con esos procedimientos, embozados en su origen y transparentes para todo hombre imparcial.

Y no obstante, ¡lo que son las cosas humanas, y su fragilidad! Lo mismo que impugna en un sentido defiende tenazmente en otro. Quiere santificar los procedimientos de 1835, de referencia puramente privada, de chismes y cuentos de mujeres, á quienes siempre en el mundo se les ha dejado como entrenamiento; y anatematiza á la vez los que se fundan en hechos públicos, positivos de grande alarma y peturbacion social. ¡Lo que es la fragilidad



humana! El Sr. Olózaga pretende dar importancia á una acta, certificacion, ó papel arreglado en casa de un *agente secreto* de la policia de Madrid, y del cual jamás aparecieron diligencias, pues habiéndolas pedido reiteradamente el juzgado, la policia contestó que no las tenia, que no las habia habido nunca, y que no habia mas que el papel: quiere sobre este origen deleznable levantar un auto de fé, preparar la hoguera y entregar á sus llamas á una infeliz mujer, aislada, retrahida, sola; y al mismo tiempo quiere ensalzar una rebelion abierta que ha causado victimas, que ha traído efusion de sangre española, que ha hecho batirse á unos con otros dentro de la misma Nacion, y que ha sido sometida en este concepto á los tribunales. ¿Qué significa esto? ¿Qué es, lo que quiere decir? A mí no me toca examinarlo. No he recurrido á sus palabras mas que como único medio de hacer el parangon entre uno y otro caso, para hacer conocer la justicia, generosidad é hidalguía con que ha tratado el referido señor á una persona recogida en su domicilio; persona que ni á él ni á nadie seguramente habrá inferido perjuicio en toda su vida.

He procurado llevar sinceramente á la persuasion de mis lectores todo aquello que constituye los hechos, los supuestos de la horrenda delacion y el resultado de autos; hé indicado, á fin de que cada uno forme el mas cabal y exacto juicio acerca del asunto, cómo se procedió, cómo se obró y lo que resultó; tambien me he remitido á la sensatez y juicio de toda persona imparcial para que considere en qué estado se hallaria la razon de aquellas religiosas y si en medio de la perturbacion, merecerian fé sus declaraciones; y cómo especialmente se encontraria la de Sor María Rafaela del Patrocinio, en cuyas dos declaraciones se nota una divergencia muy clara respecto al padecimiento y al incidente del tejado. Ahora me incumbe



decir que, á pesar de todas esas circunstancias, tampoco se justificó el segundo ni el tercer miembro de la delacion, consistente uno en que habia personas que pudieron haber influido en la conducta poco laudable que con tal motivo observaba toda la comunidad, abusando de la inocencia de Sor María Rafaela: y otro el de la credulidad de los fanáticos que no escrupulizaban pervertir y trastornar el espíritu y sentimientos de la misma.

Tengo dicho de antemano que nada resulta probado acerca de estos dos extremos; sino que por el contrario de la declaracion de la señora Marquesa de Monchiflor, Marquesa de Villadarias, hijas de la Marquesa de la Puebla y señora de Chacon, resulta completamente la falsedad del supuesto, ya que manifiestan no haber oido hablar de llagas, ni de milagros, ni de profecías, ni de los éxtasis de la indicada señora; y que por tanto el *parte* ó *delacion* en este como en los demás miembros que abraza, queda simplemente reducido al dicho de Doña María Dolores Cacopardo. Y tanto es así, que ni aun el mismo D. Márcos Rodríguez pudo dar razon de las personas á quienes se referia para la confidencia, puesto que por el carácter de ser *auxiliares reservados de la policia secreta* no podian ser citados, ni recordaba quiénes fuesen.

El resultado de todo fué, como se ha visto, que una delacion destituida de citas y sin referencia á personas determinadas, fué el origen de la causa: que en el tejido de la misma, no se justificó ninguno de los extremos comprendidos en ella: y que si resultaron dos hechos, ó un dicho y un hecho, este relativo á los padecimientos, y aquel á la salida del tejado; el primero permanecia oculto, porque pesaba sobre él el temor de santa obediencia, y no podia revelarse: el segundo no era imputable ni justiciable: no era imputable porque faltaba el conocimiento y la voluntad; faltaba mas,



faltaba su aquiescencia: no era justiciable, porque la circunstancia de hallarse una religiosa en este ó aquel sitio de su convento, dentro de su recinto, en estado de sueño, aletargamiento ó perturbacion mental, no puede ser jamás objeto sino de la disciplina interior de la misma comunidad; y en caso, de sus respectivos Prelados.

Esta doctrina tan sencilla como tribal y justa se halla reconocida por el mismo Sr. Olózaga al afirmar que nadie tiene derecho á penetrar en casa ajena, escudriñar lo que pasa, saber cómo se piensa, lo que se dice y hace: y es verdad, porque de paredes adentro no hay sociedad, mientras que la infraccion de las leyes no dé lugar ni entrada á la vindicta pública.

Sin embargo, es verdad que hubo sentencia, porque hubo proceso y acusacion fiscal; no entraré en su exámen, porque no me es dado tocar la cosa juzgada; pero aunque haya habido censura fiscal y sentencia, no por ello deja de ser cierto *que los hechos denunciados por la policia no fueron probados ni aun por sospechas*. El mismo Promotor Fiscal tuvo que confesar entonces que no constaba que hubiese profetizado ni hecho milagros, ni procurado dones y limosnas, que, con el simulado pretexto de mantener el culto y hacer limosnas á los pobres, la proporcionase una vida regalada y cómoda. El mismo Promotor Fiscal tuvo que limitarse y reducirse á decir que, en atencion á los sufrimientos que *voluntaria ó involuntariamente* habia padecido Sor Patrocinio, se la impusiese una pena correccional, y ¿por qué? ¿Por la comprobacion de los hechos comprendidos en la delacion? ¿Por la santidad, milagros y profecías de la jóven é inocente señora? ¿Por la de que hubo personas que pudieran haber influido en la conducta poco laudable de la comunidad, abusando de la inocencia de Sor María Rafaela? ¿Por la de los manejos de los fanáticos? ¿Por el peligro, respecto á la tranquilidad del Es-



tado y seguridad del Trono? ¿Por la superchería del Capellan Director? No, nada de eso; porque no podía ser, con los autos en la mano; no, porque no era verdad; no, porque el parte ni aun en sí mismo fué justificado, porque carecía de determinacion de personas. ¿Pues, por qué? ¡Imponer una correccion porque se sufre ó porque se ha sufrido! Esta lógica es peregrina, es bizarra; porque una persona sufre, sea castigada. ¡Qué alivio! ¡Qué caridad! ¡Qué atenuacion! Si por el contrario, se dijera; porque una persona no ha sufrido y porque ha fingido que sufría, que se la imponga la pena correspondiente á la ficcion; y porque no ha sufrido, que sufra.

Así es que, el Promotor Fiscal tuvo que asirse á dos supuestos, ó á un supuesto y á un dicho: primero que fué extimizada y segundo que fué arrebatada por el diablo. Bien, ¿y qué correlacion y enlace tienen los dos supuestos con el fondo de la denuncia? El pueblo de Madrid lo dijo entonces haciendo justicia á la religiosa: el pueblo de Madrid la consideró como á una víctima desgraciada. Al ver esto, al saber esto y tenerlo leído y aprendido de antemano, me pregunté á mí mismo: ¿Cómo se atreve un hombre que estima su reputacion á hacer mérito de milagros de ayer y milagros de hoy? No está á mis alcances, porque no comprendo los misteriosos secretos de la política ni hasta donde puede conducir esa tendencia. Como militar he sabido defender con las armas en la mano, la libertad racional y justa y la independencia española; he perdido un hermano que murió por la misma causa, y dicho es que un tiempo se arruinó la casa de mis padres.

Como era tan visible y clara la diferencia entre la delacion y el resultado de autos con el dictámen fiscal, el juzgado consideró, sin duda, que no debía abarcar los dos puntos que aquel comprendía; y fundándose en uno solamente, como si el acto fuese voluntario y no



de obediencia y de conciencia, dió el fallo cuya lectura promovió el Sr. Olózaga en el Congreso. Repito que para mí, con ley ó sin ella, es de profundo respeto la cosa juzgada, porque es la verdad humana ó la determinacion de la verdad en sentido social; pero no puedo menos de llamar la atencion acerca de la excepcion que se estampa en ese definitivo; porque en sentido natural desvirtúa ó parece que desvirtúa el fallo. *Que no debia servirle de total excusa la seducccion y hasta la violencia moral á que atribuyó la infeliz su consentimiento.* Esta excepcion indicada y no apreciada, conduce, ante la razon y no respecto á lo juzgado, á dos disyuntivas. O la excepcion debia servir de excusacion total ó de parcial; si lo primero, relevaba de pena; si lo segundo, debia rebajarla por atenuacion. ¿Aparece uno ú otro concepto en el fallo? No, ciertamente; pues digo esto y no mas. Otra reflexion y será la última. ¿Por qué ha de tener mérito ante la ley una parte de una declaracion y otra no? Y no ante la ley, sino ante la conciencia humana ¿puede tener efecto la mitad de lo que uno declare, esto es, la relacion de un hecho, y no tenerlo la otra mitad, es decir, la razon de aquel acto? ¡Oh! Teoría eminente, vasto campo donde se podria acabar con media generacion al abrigo de la mas negra impunidad. Pues bien; si la declaracion de Sor María Rafaela tenia mérito y eficacia legal en cuanto á que se prestó á lo que la propusieron, no puede dejar de tener esa misma eficacia y mérito respecto á la razon que para ello tuvo, que fué la obediencia y el temor á penas futuras. Esto es lógico estrictamente. En la misma declaracion está ese conjunto, el hecho y la inclinacion de la voluntad: con que, una de dos, ó vale toda la declaracion, ó no vale nada de ella; porque eso de valer una parte y otra no, es hacer burla de la humanidad y hollar sus derechos sagrados; es hacer de goma los preceptos legales eludidos por los medios, salvar ó condenar holgadamente. Por otra parte,



claro como la luz es que no hubo voluntad; porque entonces se hubiera empleado en provecho propio y nadie ha osado decir en autos que la sumision fuese para luero; y además no se hubiera escogido aquella época de tanto riesgo despues de la matanza de los frailes, sino una anterior y mas segura.

Hay en la sentencia, llevada al Congreso por el Sr. Olózaga, otro incidente que no debo desentrañar; porque los muertos descansan en paz, han sido juzgados por Dios, y la religion que profeso me ordena respetar sus cenizas. Por estas consideraciones, tan profundas, no seguiré al Sr. Olózaga en su camino.

Baste por ahora lo dicho: en otra ocasion, comprendiendo, no en bosquejo, sino bajo un punto de vista general y lato, los dichos y referencias del Sr. Olózaga, me haré cargo de cada uno de ellos; á fin de que sepa el público; qué uso se hace, no de *los muchos millones*, sino de las cantidades necesarias que reciba Sor María Rafaela del Patrocinio para invertirlas en el sagrado y santo objeto de facilitar, promover y desenvolver la educacion moral, religiosa y social de las clases pobres, instruyéndolas gratuitamente, proporcionándolas vestidos con que cubrirse y abrigar el cuerpo y dándolas pan para alimentarse.

Madrid 23 de Diciembre de 1861.

*Juan Antonio Quiroga.*







